

De Florencia a Orvieto

No se si todos los caminos llevan a Roma. Pero, probablemente, todos pasan por Florencia. Aquella Florencia del siglo XV.

Allí, el aficionado a la arquitectura, la pintura o la escultura, no solo encuentra infinidad de obras maestras. Es que además tiene los modelos, las líneas principales, de lo que se iba a hacer en Europa durante al menos tres siglos en arquitectura, escultura y pintura.

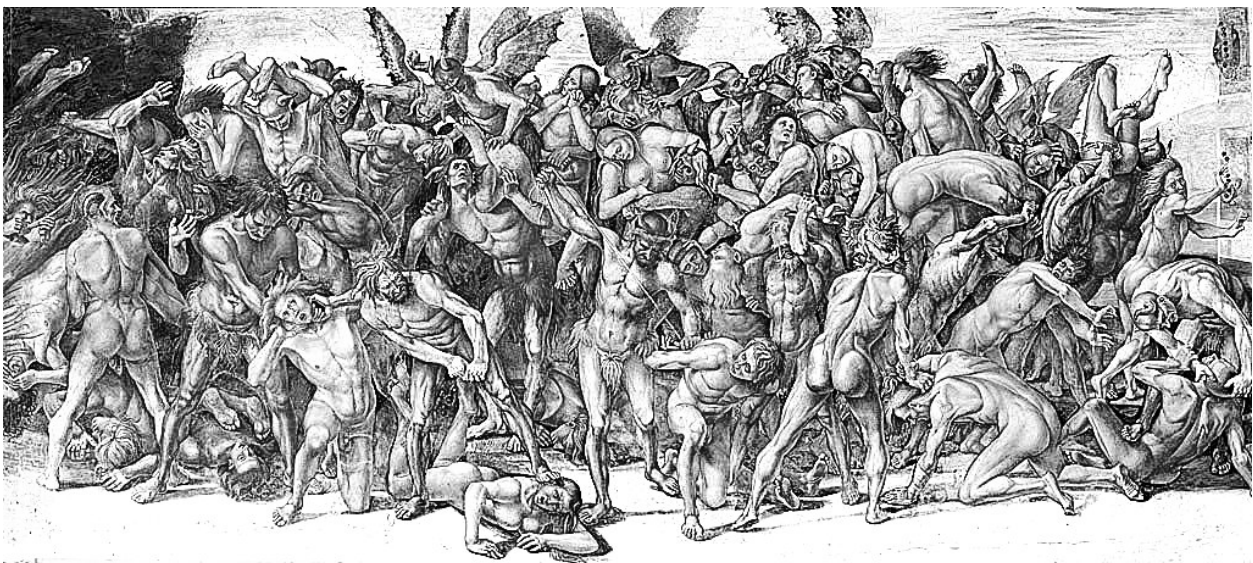
Fue mas o menos, en el siglo XVIII, cuando los europeos descubrieron que el viajar, servía para algo mas que para comerciar, peregrinar o guerrear. Que era beneficioso para el espíritu y de buen tono. Que una familia de la aristocracia o de la alta burguesía debía conocer mundo. Que una joven viajada era mas casadera. Y, lógicamente, una de las ciudades mas queridas por esos viajeros fue Florencia, que recibió a esos ilustrados o aspirantes a ilustrados durante todo el siglo XIX y gran parte del XX.



no deja de ser una ventaja para el que pertenezca a ese reducido grupo de simios.

Y, claro, los florentinos se quejan. Sobre todo los que tienen edad – o conocimientos

– para recordar al visitante de antes. Aquel visitante, que llegaba a la ciudad, con cartas de recomendación para alguna de las personas residentes en ella, ya que había una colonia de extranjeros instalada en las villas de la colina de Fiésole. La intención de ese visitante era siempre la de permanecer como mínimo algunas semanas. Para vivir los atardeceres desde las colinas de San Miniato o desde Fiésole. Perderse por las callejas que separan el Duomo de la Iglesia de la Santa Croce. Sentarse en la plaza de la Santísima Anunciata, con aquellas arcadas que preludian el renacimiento. Atravesar aquellos puentes que iban a dinamitar años después los alemanes en los años cuarenta. O llegar al palacio Pitti y seguir hacia los jardines de



Pero ya en la segunda mitad del XX, las cosas se torcieron con el llamado turismo de masas. La escritora americana Mary Mc Carthy, una asidua de la ciudad, explica que los florentinos se quejan, con razón, de que el turista actual, apresurado en su visita – que es una visita de horas –, tiene el tiempo medido para extasiarse unos minutos ante la Venus de Botticelli y hacerse, a ser posible, una fotografía delante de ella, tras haber soportado una cola kilométrica ante la galería de los Uffizi.

Mientras tanto en el museo del Bargello con sus cerámicas de Della Robbia, o en el museo de las Obras de la Catedral con sus esculturas de Donatello, o hasta en la Iglesia del Cármine, con sus pinturas de Masolino, Massacio y Filippino Lippi... cuatro monos. Lo cual

Boboli.

Pío Baroja lo explica deliciosamente en su libro Ciudades de Italia. Casi tan bien como lo había hecho Stendhal casi un siglo antes. Ahora bien, lo de Stendhal fue mas grave. Su espíritu sensible y algo mitómano le creó tal excitación ante la presencia de tantas y tan únicas obras de arte, que tuvo una crisis nerviosa, como si estuviera en presencia de una mujer amada, que según dicen, hizo que sus amigos temieran por su vida. Todo ello nos parece, hoy, un poco exagerado. Pero, en todo caso, dio origen a un termino usual en sicología, llamado –que menos– síndrome de Stendhal.

A partir de entonces, muchas damas –o caballeros– venidos desde Londres, Paris, Dresde o Nueva York, padecieron o creyeron padecer este mal, que